REPUBLICA DE EL SALVADOR — AMÉRICA CENTRAL

EL FÍGARO

Tomo I | San Salvador, Domingo 11 de Noviembre de 1894 | Num. 4

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

ARTURO A. AMBROGI

VICTOR JEREZ

SECRETARIO DE REDACCION:

ANTONIO SOLÓRZANO

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93.

"EL FIGARO"

Periódico Literario

Se repartirá todos los domingos por la mañana.
Valor de suscripción, por dos meses: 75 centavos.
Número suelto: un real
Número extraordinario: 25 centavos.
Centro-América y exterior, por semestre: $ 2
Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el primer mes del abono.
Se admiten avisos á precios convencionales.

La colaboración para "EL FÍGARO" será solicitada por la Redacción.
En ningún caso se devuelven originales.

MEDALLONES

CONCHA PERALTA

Ayer no más dejaba, como Siebel, sobre el alféizar de la ventana de una rubia, mi ramo de fragantes rosas, y tendía á sus pies mullida zofra oriental. Hoy hago un nuevo ramillete: rosas de thé en maridaje con violetas azules y moradas, y es para el corpiño de una morena. A sus pies no tiendo espesa tela. No es reina que triunfa, sino virgen que postra. Y para ella, una alfombra de flores, que se sentirán gustosas de morir extrujadas por sus pies diminutos.

En los cristales del balcón, brillan rayos de sol y acarician tibiamente el ramo fresco que allí dejo, como tributo de admiración. ¡Que el aura perfumada lo bese, y por la noche, radiosa, lo acaricie un blanco rayo de luna!

***

Concepción!—¿No llega á vuestros oídos, amigos míos, ese nombre, como lejanas notas de una lira de cristal oculta en lo azul del cielo? ¿No sentís como que os envuelve un hálito delicioso y sutil? Es que un ángel bate sus alas y suspira de goce, al oír labios humanos que pronuncian con veneración, ese nombre divino, ese nombre místico.

Concepción!—¡Cómo se pronuncia! Así..... ¡Concepción!—Como un rezo, como un cántico sagrado, que salmodiasen grupos de novicias. Huele á incienso. Entre sus pliegues, ese nombre, oculta encantos bíblicos. Y tiene radiosidades de nimbo y vaguedades de cirio agonizante.

¿Como que no queréis hacerlo de trajín? ¿Como que no queréis humanizarlo?—¿Le llamáis Concha? —Otro nombre suave, ondulante, pero humano. Concha! Y el mar azul y vasto suspira cuando oye que se canta á sus hijas.

El viejo poeta Pombo escribió para una Concepción, blanca, lilial, esta primorosa estrofa:

Concha: tus nombres son dos
Y bien puestos ambos nombres,
Concha: te llaman los hombres,
Concepción: te llama Dios!

Llamamos á Concepción Peralta, Concha, por que debe nombrársele de algún modo; le llamamos Concha por que somos humanos y nuestros labios pueden estrujar ese nombre al pronunciarlo; pero el cariño, la admiración, en voz muy queda, le llama Concepción, como sólo Dios la nombra. Es nombre que emerge, suavemente, como un beso.

Concepción! Las blancas nubes se apartan y dejan ver un pedazo de azul del cielo. Una virgen blanca surge, vagamente primero, luego con todo esplendor. A sus piés una media-luna de plata destella rayos deslumbrantes. ¡Concepción! Y luego se esfuma, poco á poco, hasta que se borra del todo, las nubes vuelven á unirse, y en el alma queda vagando una nota muda, un perfume. Es que en silencio reza por la Concepción.

***

Concha Peralta es de esas bellezas indescriptibles. La pluma es incapaz. Hay que abandonarla desalentado. Si estaba húmeda en tinta, manchará la albura de la cuartilla. Esa mancha es el sello de la incapacidad. ¿Pintarla? Peor. ¿Y la paleta, suficientemente rica, dónde está? ¿Qué mago la guarda bajo siete llaves de hierro? ¿Y el mármol? Eso sí. Del *bloc* de Páros surge, radiosa, Galatea. Concha surgirá triunfante y pen-

sativa, morena y sonriente como surgió Concepción de lo obscuro del misterio, blanca, sideral.

Cuando veo su rostro, sus ojos negros y de mirar soñador, sus labios ligeramente rojos, vivos, donde juega una sonrisa misericordiosa, su cabellera negra y espesa, pienso, en mis ansias de místico, que á esa cabeza falta el nimbo de luz paradisiaca. Es virgen pensativa. Virgen humana que siente las nostalgias del Cielo.

Abridle paso, profanos, y ante su talante regio, postrad en tierra la rodilla.

***

"Dios te salve, virgen...............!"

Y en el alféizar de su ventana, que acaricia un cálido rayo de sol, dejo mi ramo fragante, empapado de rocío.

CONDE PAÚL.

Adoración

¡Oh, mi azucena de alabastro! Adoro
Tu serena beldad que me embelesa;
Tu cabellera, que es el marco de oro
De tu apacible rostro de princesa;
La claridad azul de tu mirada;
La gasa que, al flotar, estremecida
Besa la seda tibia y perfumada
De tu seno; tu acento de arpa herida
Por un soplo del cielo; me estremecen
Tus palabras, que oyendo me extasío;
Tus húmedas pupilas, que parecen
Violetas empapadas de rocío.
Y es que está tu beldad, luz de las flores,
Pidiendo, como ofrenda á su tesoro,
El camarín de vidrios de colores
Y las notas del órgano sonoro.
En la imponente nave irradiaría,
Y á los pies de ese trono yo ofrendara
Toda mi apasionada idolatría,
Que ardiera como incienso junto al ara.

VICENTE ACOSTA

Marco de oro

AL CONDE PAÚL.

Puck ha dejado su contestación escrita con caracteres azules en una hoja de álamo, no ha podido el gracioso duendecillo guardar silencio, cuando se le pregunta si va de gentil paje de una hermosa princesa, que trae en sus ojos las poéticas leyendas del Rhin y lleva en sus labios la dulzura de la esposa del Cantar de los Cantares.

La Princesa á quien Puck acompaña, se rodea, como en los cuadros de Caballini, de nubes de ángeles que entonan los cánticos más dulces. Es un ideal en torno del que caen las blancas vestiduras de la forma y los suaves perfumes de la primavera.

Cuando Arezzo oponía enérgica resistencia á la acción del arte nuevo, esperaba una decadencia en la representación de la belleza. María Drews es la belleza que triunfa á nombre de las nuevas ideas, y en representación de las excelencias del genio moderno. En sus labios murmura el ave de los cantares y en sus ojos palpita el secreto de la luz, para su frente inmaculada, rival de los azahares, mandan las estrellas sus coronas de desposadas y donde imprime huella su pie, brotan nardos y nacen mariposas.

Su juventud se derrama en gracias, y su gracia se derrama en flores.

Como en las heroínas de Ossián, la nieve oscurece ante la blancura de su tez, y cuando pasa, enamoradas lloran las estrellas.

De oro son sus cabellos, sobre los cuales desciende con amor la primera luz de la mañana y el último destello de la tarde.

Lleva en sus ojos el color de nuestro cielo en las tardes de noviembre, y, como Ofelia, cogiendo flores y cantando pasa.

Puck que conoce el país donde se encuentra la yerba encantada, cuyo jugo despierta los sentimientos más tiernos, ahí los derrama sobre todos los que ven pasar á la virgencita rubia del Rhin y á su vez se encuentra poseído de cierta admiración, que hace palidecer de celos á la hermosa Rosalinda.

ROBÍN

Cartas á una dama

I

Señora mía:

Tengo aquí frente á mí, cabe estas cuartillas que voy manchando, su preciosa esquela que hoy mañana, cuando aun estaba en cama, me llevó un criado. Sentía frío y un malestar exasperante y, créamelo Ud. mi amiga gentil, cuando leí las pocas palabras que su blanca mano escribió con tinta roja al reverso de la aristocrática Bristol, sentí como un alivio instantáneo, como que un sagaz fuego interior se desparramaba por mi organismo dolorido.

"Véngase Ud. hoy noche. A las nueve le recibo. Tomaremos el thé juntos y charlaremos mucho."

Me invita Ud. á pasar una velada en su salón, á charlar de cosas agradables: del color en moda, del pliegue recién brotado de la maravillosa tigera de Worth, de la flor de ordenanza para el corpiño, del perfume más en boga; de todas esas deliciosas chucherías. Y luego, de arte: del nuevo libro, de la *revue* recién llegada, del nuevo *conteur* nacional que se presente en la segunda ó tercer plano de un periódico correteador, del verso de algún

poeta amigo, quizá lejano, quizá próximo, que pase batiendo sus alas. De mucho hablaríamos mientras en la taza de porcelana, legítima Kioto ó Nagasaky, humeara el alma verde del thé.

Pero siento no poder complacer sus deseos. No puedo ir. Una ligera dolencia me tiene condenado á no salir, por algunos días de casa, ni siquiera á abrir las vidrieras del balcón. El médico me reñiría mucho si tuviera la audacia de salir, y al llegar él, hallara vacío el lecho. Hace mucho viento, según lo adivino y también me lo dice el criado que acaba de traerme las cartas y paquetes que del correo me envían; y eso, señora, me haría mucho mal. El pesado sobre todo, no sirve de nada en este caso; el landó ó el cupé no valdrían la pena.

Con que, señora mía, no puedo ir. Lo siento en el alma. ¡Qué lástima! No poder pasar en su compañía unas horas sabrosas. ¡Es grande é intenso el pesar que hoy me acongoja!

Pero; nos imaginaremos que estamos juntos, que he sido puntual á su cita, yo, cuando escribo esta carta que hoy le paga la visita que no puedo hacer personalmente, Ud., mientras lee la carta, es decir, mientras en mi nombre, estas líneas le saludan y le rinden parias á su gentileza. En la mesilla oval de laca nippona, humean, en las tazas de porcelana, el thé imperial.

Comenzemos.

***

Mi cuarto está invadido por fuertes oleadas de exotismo. Vienen de muy lejos, de nuestro amado país del Japón, tan lejano y tan deseado. Traen rachas de perfumes de crisantemos, corilopsis y lotos marchitos ya; rumor de besos que dan labios teñidos de rojo y ecos de palabras llenos de *degosarrinas* y de canciones retozonas y cándidamente obcenas de las *guechas* de trajes amplios y bordado de flores horriblemente coloreadas.

Tengo en mi mesa libros de Lotí. ¿Ya lo conoce Ud? Pierre Lotí, un delicioso: un rey del color, mago del estilo, que derrocha riquezas, como un Sadí de cuento oriental.

Hoy le envío uno de ellos. El portador de esta carta le entregará el paquete. Recíbalo Ud. como un cariñoso recuerdo de este su buen amigo.

Es el referido libro "Madame Chrysantéme", que espero producirá en su alma delicada las mismas impresiones que á la mía produjo.

Para nosotros que tanto amamos ese dorado país lejano, los libros de Pierre Loti son hallazgos, por decirlo así, de mucho valer. De este artista encantador, que hoy aplaudo con más entusiasmo que nunca, no conocía más que pedazos sueltos, retazos de prosa impregnada de perfumes misteriosos, que traían diarios y *revues* de París. Ayer, de una de las casas libreras de esta capital, me enviaron unas cuantas de ellas. Conforme las lea se las enviaré. Se las ofresco desde luego y seré cumplido, á no ser que otra mano delicada, de esas que besaría gustoso todo un día, las tome en calidad de préstamo.

Hablemos un poco de "Madame Chrysantéme"

Es un libro encantador, lleno de luz, de colores, un conjunto hechicero, casi envuelto en una leve bruma de melancolía otoñal. Es el poema entusiasta que un occidental, refinado y sibarita, rima en honor de un país coqueto y caprichoso.

Léalo Ud.

Querrá mucho (¡cosa extraña!) á esa bellamente fea señorita Crysantéme, protagonista principal del *romans*. Le simpatizaré á Ud. esa humildad que por acá resultaría como fingida y de mal corte; ese amor, esa pasión, vivas, por el "hombre blanco" que da besos tan sonoros y bebe thé como un legítimo ciudadano japonés.

¡Chrysantéme!—Señora: ¡Qué nombre más bonito! Cómo agrada tanto el ritmo que se produce al pronunciarlo! Chry . . . santém. . . ee! La señorita Azucena, la llamaríamos por acá. Un crisantemo rosado que besa el aura sutil del Abril.

Pierre Loti es mago y Ud. verá, conforme vaya adelantando en la lectura, cómo al golpe de su varilla el velo se corre con rapidez y va haciendo que los ojos se extasíen ante paisajes y *kakémonos* deliciosamente trazados con maestría de pincel y fausto de colores y tintas, sobre trozos de laca ideal.

Durante la lectura se posecionará de Ud. una curiosidad febril y maregante. No soltará el libro de las manos ni un solo instante. Correrá su vista con avidez, página tras página, capítulo y capítulo, hasta concluir. Y al cerrar el libro, Ud., amadora de lo lejano y lo exótico, de lo bello y lo misterioso, sentirá honda nostalgia, suspirará por aquel país bello, que quizá nunca nos será dado conocer.

Yo estoy triste. ¡Y cómo no nos va á invadir esa baja tristeza, esa ansia indecible, despues de que el velo obscuro de la nada se corre sobre todos aquellos cuadros de mágico kaleidescopio, Quisiéramos siempre tener entre las manos el libro, estar perennemente contemplando los cuadros, no tener ojos más que para todo aquello que se nos antoja maravilloso.

Abro el libro, leo de lance un capítulo, una página cualquiera. Un paisaje, un boceto, quizá un trozo, al acaso, de un vasto jardín, b rota, mostrándome los grupos de crisamtemos heráldicos, los mazos de lothos que surgen de un tiesto de porcelana, los enmarañados corilopsis, floridos y fragantes; quizá el motivo lindo y llamativo que forma una casita de cartón, enmedio de verdes y frondosos árboles, entre flores mil que el Otoño trae y el Invierno se lleva, arrullada por las claras linfas de un arroyuelo que corre juguetón; quizá la cara de gata mimada de la Señorita Campánula ó el pié diminuto y la mano de marquesa de la zalamerosa Oyauki ó la respetable nariz chata del señor Prune, que asoma curiosa, tras un biombo de obscuro burato. Cualquiera incidente, tomado de lance, hace gozar.

Le va el libro, Señora. No quiero cansarla con mis locas divagaciones. Estará ya Ud. fastidiada. Léalo y el mejor gusto mío, será que el

romans niponés cause á su alma las mismas fuertes impresiones, las mismas hondas nostalgias, que en la mía ha dejado.

A sus pies, señora mía.

CONDE PAÚL

Retrato

Ojos azules, boca sonrosada,
Nido de la oración y la armonía;
Seno gentíl que ufano desafía
El de Venus por Grecia celebrada.

Torrente de pasión en la mirada;
En los contornos rasgos de poesía;
Cabellera brillante como el día,
Que resplandece en rubia llamarada.

Mano ideal que todo lo enbellece;
Cuerpo, rico sostén de la fortuna,
Y mejillas de rosa que amanece.

No falta á su poder gracia ninguna;
Y es tan dulce y tan blanca, que parece
Que á través de su sér pasa la luna.

SALVADOR RUEDA.

Un excéptico

Ya no había duda. Se operaba un cambio en mi alma; ella, que se moría de frío, cobraba aliento, y abandonaba sus meditaciones largas y tristes, para soñar. Y, como una coqueta, dejaba por momentos el traje de luto para envolverse en el manto azul de la esperanza, y engalanada así, se sentía alegre y joven, ella mi pobre alma, que creyó morir de frío y de tristeza. Y tal como la débil convalesciente que en una mañana llena de luz abandona los sombríos aposentos y vuelve temerosa, á ver sus flores por la primera vez, así mi alma se escapaba de su mansión de sombras y gustaba de ir al jardín de los ensueños á ver abrir las flores que con su aroma embriagan y hacen amar la vida.

Ya mis recuerdos se iban, uno á uno, arrastrando sus largos sudarios como velos de tumbas. En el horizonte de mi vida aparecía una línea de oro como la que precede á una aurora espléndida.

Y en mis sueños, una figura de mujer, de mujer conocida, venía á decirme, con voz de misterio, secretos que eran como arrullos, palabras que antes había escuchado yo, en otros sueños, en otro tiempo perdido entre las brumas del pasado.

Amor. Y un día, como si fuera un niño que siente por primera vez agitarse el alma, cogí un pedazo de papel, y escribí en la primera línea azul de la hoja inmaculada, un nombre de mujer. Y me quedé en la actitud del que piensa escribir el sentimiento y se le escapan las palabras. No hallando nada propio, tracé como epígrafe estos versos que he visto no se dónde:

Nunca de amar el corazón cansado
Amado vive y sin amores muere,
Siendo el amor presente que le hiere,
Amor más dulce que el amor pasado

En ese momento entró en mi cuarto un amigo mío. Quise ocultar el papel, como si me causara vergüenza mi puerilidad.

—Qué escribes?

—Nada; estaba probando una pluma.

Pero me arrebató el papel, y leyó el nombre de la primera línea.

—Ah! *Felícitas*;—¿y este nombre?—quién es *ella*?

—No es nada, repliqué, un nombre cualquiera.

—Sí, ya lo creo; yo también ocultaba detrás de cualquier nombre uno verdadero. Pero en fin no es feo éste.... *Felícitas*...... *felicidad*, la felicidad de tu alma; no es cierto?—Y es muy bonito el cuarteto y estás enamorado,....y yo también lo estuve.

Quise negar; protesté; y él replicó sin hacerme caso y riéndose como un loco.

—¡Enamorado! y romántico!—Vaya! te compadezco; y le escribes versos á la novia, y matas la literatura, porque nada hay peor que un enamorado que hace versos. Pobre poesía! pobres periódicos! pobres redactores!--¿Y quién es *ella*?......

Yo sentía que las llamas de la ira me abrasaban el rostro. ¿Por qué se burlaba de mis sentimientos? ¿qué le importaba á él? Sinembargo, era mi amigo.

¡Cuántos amores ha tenido tu novia? Ahora dirás que es el primero. Bobería. Y estoy seguro de que ya le has dicho que la quieres, y que es suyo no más tu corazón, y que se acuerde de tí!

Y daba vueltas en el cuarto, riendo con el papel en la mano.

—¿Sabes lo que es una mujer cuando se le dice que se la quiere?

—No, le respondí, no quiero saberlo.—¿Quieres callarte? ¿quieres que hablemos de otra cosa?

—¡Ah, pobre amigo mío! no escribas nada, y si algo escribes, que no lo vea ella. ¡Ah las mujeres, cuando saben que uno las quiere!—Ven, deja esa pluma; déjate de creer en la felicidad; vamos á mi casa; y si después de salir de allí, persistes todavía en esa idea que te trastorna, entonces, enamórate, arrójate á los pies de tu amada, enloquésete, súfre!...

Yo lo oía, azorado. Y una secreta influencia ejercía sobre mí. Salimos; y al salir me dijo:

—Mejor estás con tus tristezas, reales ó fantásticas. Ama á una sombra mejor que á una mujer.

Cuando llegámos á su casa, abrió una cajita de ébano. Había varios retratos, unas flores secas, cartas, cabellos. Y leímos juntos muchos papeles escritos con diferentes letras de mujer.

Era hombre de mundo.

Y leímos un manuscrito largo, triste, descon-

solador. Y al concluírlo, lanzó el escéptico una carcajada frenética, loca, empapada de lágrimas.

—Ahora, véte, me dijo; haz lo que quieras, lánzate, enloquécete; y cuando hagas un manuscrito así, dedícalo á tu amigo que te quiere más de lo que crees.

Sus palabras me hacían daño. Salí, y me alejé pensando en esa historia y en otras más. Y algo como una ráfaga fría penetraba en mi alma. Y cuando estuve de nuevo frente á mi escritorio, en vez de concluír, ó de empezar los versos á *Felícitas*, me puse á leer una novela de Balzac.

ISAÍAS GAMBOA.

Memento homo....

En la vida social, como en los mares,
Hay vórtices, vorágines, escollos;
El hombre busca con afán prolijo
La dicha que ha de hacerle venturoso;
Pero juguete del destino adverso,
En vez de flores ve brotar abrojos,
Y la ilusión dorada de sus ansias
Se desploma de un soplo!
En su ambición titánica á lo grande
Lucha con la firmeza del estóico;
Mas es vencido al escalar la cima
Porque se torna con la muerte en polvo!
Allí concluye su soberbio orgullo;
Su loca vanidad de poderoso;
Los sueños de Jasón que en su locura
Le hace entrever el vellocino de oro!
Cada ser en la tierra es un esclavo
De una fuerza ó agente misteriosos!
Hay que acatar las leyes del destino
Sin espantarnos ante el negro escombro!
Todo está sabiamente combinado:
La pantera, destruye al débil corzo,
El milano, desgarra á la paloma,
Y la muerte, destruye hasta colosos!!!

JOAQUÍN ZALDÍVAR.

Nach den Ball

A MANUEL AGUILAR

Después del baile! Hé aquí, lectoras mías, un lindo tema sujestivo; un motivo, lleno de luz, que prendería gustoso al pentagrama, un artista delicado.

Después del baile! Una frase que encierra todo un pequeño mundo de poesía. Una frase rápida, como brotada de un fresco labio femenil, que cruza por la imaginación poblándola de ensueños y que, con su soplo ténue, revuelve el montón de pétalos mustios. ¡Qué suave y qué alegre suena á vuestros oídos, morena mía, esa palabra que un artista berlinés idealizó y cautivó en un lindo valse! Un valse de impresiones, de gratos recuerdos. Las notas se desarrollan con suavidad, lentamente, como ondas de un arroyo escondido entre el fino césped de un bosque lejano, como perlas que rodasen, en tropel, sobre la rusia, aún intacta, de un salón de baile. ¿Lo ha oído, lectora, alguna vez? A las altas horas de la noche, mientras la luna baña con su luz el paisaje, ¡qué encantador es oírlo! Las notas llegarán en parvada, atropellándose, á vuestras ventanas, y se meterán, travesuelas y gentiles, por las rendijas, y llegarán al lecho á hablaros al oído y en voz muy queda, del novio apuesto y galán que al pie del balcón, murmura con pasión vuestro nombre. Es mensajero y lleva en los pliegues de sus notas, muchas ternezas, muchos recuerdos que os harán suspirar.

⁂

El valse tiene su triunfo. La sonrisa de un labio juvenil, virginal, es su galardón. El extremecimiento nervioso de unos hombros descubiertos, orlados por el encaje del escote; el crispamiento de unos guantes entre los dedos, mientras ella, oculta la faz tras el abanico de plumas, escucha palabras de amor quizá por vez primera; la mirada de unos ojos obscuros, marchitados por el sueño, que prometen tanto. Todos son triunfos del valse, que arrebata entre sus ondas bulliciosas, entre sus remolinos de armonías, los cuerpos que se juntan en estrecho abrazo, los alientos tibios que al encontrarse y unirse, son besos mudos, besos que solo los ángeles oyen.

La apoteósis de la polka es ruidosa. Es que llega el Príncipe Azul al palacio de la Bella del Bosque Durmiente. Las salvas del champagne saludan á su llegada al soberano gentil. Llega sonriente, lleno de alegría. Sonríe benévolamente á las blancas rosas de los jardines mágicos, á los puñados de pájaros que, en canto jocundo, le entonan un himno triunfal.

El cotillón está pasado de moda, dicen algunos cronistas que se las tachan de moralistas. ¿Verdad que no ha muerto, señorita? El cotillón vive, radioso como siempre, triunfador,—objetan otros. Y de esas filas soy yo y será Ud. El cotillón vivió, vive y vivirá. Es imperecedero, como es imperecedera é inmarchitable la alegría, suave musa rosada é impalpable, que desgrana, á rabiar, sus risas locas y contagiosas, y borbotona, á su paso, sus cascabeles sonoros, y despliega al aire sus gallardetes de seda. Momo y Pierrot, bajo su influjo, se dan un fraternal abrazo.

¿Y el schottichs? ¡Oh! Es un monarca caído que hace esfuerzos por volver á recobrar su perdido poderío. Va pasando. Va la barca de Myssida sobre las ondas tranquilas del lago azul, remolcada por cisnes que han envejecido en el término de un verano y cuyo plumón albo se ha trocado en gris, bajo caricias desconocidas. No la detengáis. Que se vaya. Lleva mensajes al divino paraíso ignorado, donde se refugian las

notas huérfanas, las notas perdidas, las notas que no tienen padres y que se fueron, desconsoladas y llorosas, para no volver nunca más.

Allí salta el Nocturno. Es un enfermo que se muere de amor. El que ama nunca muere. Está lleno de suspiros, lleno de quejas y lamentos, que hacen compadecerlo. De pronto os deslumbra el chispazo de una mirada, el relámpago de rosa de una sonrisa. No muere. Al pie del balcón de entreabiertos cristales, canta el trovero, mientras la novia muerta, desde el cielo, le sonríe. Es el último lamento, la última queja de un corazón enfermo; pero un lamento y una queja hondos, que no se apagan. Se quedan vagando por el mundo, como almas en pena. No desaparecen, no se van, como el humo, á condensarse en las nubes, no se van en la barca de Myssida, sobre el lago sereno y azul, á anidar en árboles lejanos, á cantar como pájaros, bajo otros cielos que no conocemos y á otras mujeres que no son tan bellas como nuestras novias. Se quedan con nosotros. No quieren irse.

La danza vive, radiosa y esplendente, bajo el cielo azul de España. Son sus campeones gloriosos, las blondas mantillas, las figarinas estrelladas de lentejuelas de las manolas, las capas rojas y flamantes de los toreros arrogantes. Toda Andalucía, presa en un mundo de notas. Toda Málaga, cautiva en un marco de luz. El dicharracho es triunfo. El "¡Olé!" vale por el taponazo sonante del champagne después del cotillón. ¿Queréis remojar las notas de la danza? ¿Queréis salpicar esos plumajes tornasoles? Allí está la dorada manzanilla en la caña cristalina y leve como el cáliz de una azucena. La manzanilla alegra y fortifica el espíritu. ¡Botad á los piés de *la Penco* todos vuestros claveles rojos! ¿Ya? ......Después de que la manzanilla se desparrama por las venas y se sube, en oleadas, al cerebro, llena de ardor, comienza de nuevo la danza y el alto tacón de la zapatilla de raso, marca el compás de un aire regional, lleno de luz y colores.

***

Después del baile!

—Señorita: ¿Verdad que tiene su pequeño mundo de poesía esta frase rápida, que al pasar por la mente la puebla de ensueños y que, con su soplo leve, revuelve el montón de pétalos mustios, recuerdos que el tiempo marchita, pero que no mata?

ARTURO A. AMBROGI

A la Virgen de Lourdes

¡Salve, oh Virgen! De incógnito paseas por la historia y eterna serás como la griega Afrodita. No la comba azul ni la onda cerúlea coronada de espumas fueron dosel y solio de tu desnudez divina. Cuando tú viniste los tiempos habían cambiado. En tu Francia, moderna Grecia, en donde ayer no más Gouyón tendía sobre el lomo de un ciervo, sin velo encubridor, las formas de Diana de Poitiers, Amor perseguido ya no se ostenta, mudo triunfador, sobre la concha marina al aire libre, á pleno sol. Byron mismo, noble y desenfadado cantor, sujetando la lira á las angustias del pudor oficial de la época, esconde en una gruta los amores edénicos de Haydee y Don Juan. Vestida, cual conviene á estos días tristes, enemigos del arte, fuiste á la gruta sombría, junto á la fuente, escondiéndote del mar, del sol y del cielo.

¡Salve *mullier*! Reflejaba aún tu rostro el éxtasis del transporte supremo, cuando la aldeanilla te sorprendió en la alcoba agreste, salvaje nido de tus amores. Y lo que había en tí de augusto por el alto misterioso de Eros y por la secreta virtud de la belleza, turbó á la importuna, hizo flaquear sus rodillas y, de hinojos, juntas las manos, te adoró. El amor y la belleza son adorables. ¡Salve, oh mujer!

Recibiste el homenaje como las estatuas de los templos el incienso, y en este siglo impío en que tanto merma el dinero de San Pedro, clérigos duchos y Roma pobre te erigieron altares como á la Egipciaca, como á la amable pecadora de Betania.

En donde tus suspiros y el rumor de tus besos, resuenan ahora plegarias y cánticos. Tu lecho de musgo, pedestal de Venus recumbente, es ahora peana de la Cruz. La grey que el pastor conducía, es hoy inmenso rebaño humano, magullado, leproso, doliente. Tu soledad está poblada de miseria; aquel silencio, roto está de contínuo por el alarido de todas las humanas lástimas. A la peregrina del amor ha sucedido la monstruosa peregrinación del dolor

¿Cuál era tu nombre, di? ¿Eres acaso la misma que en la gruta de los Olivos, envuelta en blanca sábana, huyó al acercarse Judas y los legionarios, dejó en sus manos la flotante envoltura y fué á ocultar su desnudez en las tinieblas del huerto? (1) ¿En dónde has ido á refugiarte ahora que los fariseos te sorprendieron vestida de azul y blanco? ¿En dónde, Magdalena?

CÉSAR ZUMETA.

Cromo español

UNA MAJA

Muerden su pelo negro, sedoso y rizo,
los dientes nacarados de alta peineta,
y surge de sus dedos la castañeta
cual mariposa negra de entre el granizo;

Pañolón de Manila fondo pajizo,
que á su talle ondulante firme sujeta,
echa reflejos de ámbar, rosa y violeta,
moldeando de sus carnes todo el hechizo

[1]—Evangelio de San Marcos.

Cual tímidas palomas por el follaje,
asoman sus chapines bajo su traje,
hecha de blondas negras y verde razos,

y al choque de las copas de manzanilla,
rima con los tacones la seguidilla,
perfumes enervantes dejando al paso.

JULIAN DEL CASAL

Un sueño místico.

Iba á hacer mi primera comunión.

Mi madre estaba alegre, muy alegre. La casa olía á víspera de fiesta: palmas de cocoteros amontonadas en el patio; muchachas que entraban con cestos repletos de flores húmedas; mis hermanas afanadas arreglando las cortinas blancas y los estrenos de los niños; en la cocina, un grupo de cotorronas y muchachas reía y charlaba alegremente, y por las puertas espiaban unos cuantos curiosos.

—Han dado ya las nueve—dijo mi madre—y aun resta mucho qué hacer: hay que preparar las sartas de flores de la cruz y los ramilletes para el altar de la Virgen. El vestido de María no está concluido, ni la florista ha mandado la guirnalda de azahares y la corona de laurel y rosas. Hoy de seguro nos acostaremos á las 12.

—¡María! María! gritó adentro la costurera, llamando á mi hermana.—Ven, quiero probarte el trajecito.

—Corre, niña, corre! que te prueben el traje y ¡á la cama! que hay que madrugar. Cuando los clarines toquen diana á las cinco, debes estar ya en pie.

—Y todos entraron en el aposento.

En esto se oyó un murmullo en la salita:—"¡Qué linda está! Le va á caer muy bien! Jesús! qué naturales están estos azahares! si parece que los acaban de cortar!" Eran mis primas que se deshacían en elogios á la guirnalda que acababa de mandar la florista.

De mi humilde corona de laurel y rosas nadie hablaba, hasta que mi madre entró llevando de la mano á María, que iba con su traje blanco.

—Ahí viene la novia—exclamaron todos sonriendo.—Bien—dijo mi mamá—he oído los elogios que han hecho ustedes de la guirnalda; pero nada han dicho de la corona, por lo que supongo que no la han traído.

—Cómo no!—respondí yo desconsolado, viendo que la tal corona era demasiado grande para mí.

—No, hijo, continuó mi madre, los varones llevarán las coronas en el brazo derecho: no importa que sea grande. [Y dirigiéndose á los demás] Ya vimos que todo está bien, y listo. Ahora, hijos míos, encomiéndense á la Virgen y á los ángeles de la guarda y ¡á dormir!

Acababan de dar las cinco. Los clarines tocando diana nos habían despertado. La casa amaneció olorosa á flores frescas, adornada de cortinas blancas, con listones azules y ramilletes de jazmines y azahares; las palmas de cocoteros formaban arcos, de uno y otro lado, en los corredores, y el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra de ciprés picado y flores de corozo.

Las campanas de la vecina iglesia, desatándose en alegre repique nos invitaban á levantar el alma á Dios. A esa hora todo era afanes. Mi hermana mayor arregló en un momento á María, le puso la guirnalda de azahares y el velo, y le dió un librito con pasta de concha-nácar. A mí me pusieron un vestido azul y un sombrerito de paja, me prendieron la corona de laurel en la manga del brazo derecho, y me dieron una vela y el libro de oraciones.

—Ya dieron el tercer repique, y hasta aquí llega el olor de los incensarios de la Merced—dijo una de mis hermanas,—pongámonos en marcha.

Y salimos todos juntos. En la calle, nos esperaba una multitud de niñas y niños rubios vestidos de blanco. A ninguno pude conocer. Eran divinamente bellos.—Son angelitos, dijo álguien, y mi curiosidad creció. Quería oírles la voz, y les hablaba, pero ellos sólo me miraban y se sonreían.

La calle por donde caminábamos me era completamente desconocida: era amplia, con palacios hechos de plata y oro, adornados con gallardetes y cortinas blancas, teniendo á uno y otro lado frondosos naranjos florecidos, que despedían embriagadores aromas. Por los balcones de cristal se asomaban séres de extraordinaria belleza, y sobre las torres y las cúpulas, y bajo un cielo soberanamente azul, revoloteaban palomas blancas y pájaros azules.

Llegamos al templo: las enormes puertas de bronce estaban abiertas: del interior salía el perfume de los lirios mezclado al olor del incienso y de la mirra. Entramos: por las ojivales ventanas empezaban á penetrar los rayos del sol, y músicos invisibles preludiaban con arpas y violines: una tenue nubecilla formada por el humo que despedían los incensarios, llenaba las naves del templo. Llegamos frente á la capilla principal, y, de repente, como por encanto, salió de no sé dónde un sacerdote anciano, revestido con albísima casulla, y, seguido de monaguillos rubios, subió las gradas de mármol del altar, y empezó la ceremonia.

El sacerdote se inclinó á rezar, y la orquesta invisible rompió el silencio con una sinfonía, y el altar se iluminó con resplandores divinos, y entre las nubecillas de incienso que circundaban la imagen de una virgen blanca que miraba al cielo, asomaron sus rostros de mejillas sonrosadas, multitud de niños con alitas de oro.

Cuando el sacerdote cantó gloria, se oyó un himno triunfal entonado por voces angélicas, y las naves del templo se ensancharon prodigiosamente, las bóbedas y las cúpulas desaparecieron, y las columnas de mármol y el altar que sostenía á la Virgen Blanca tocaron el cielo azul.

—Y los ángeles y las vírgenes cantaron: *Gloria in excelsis Deo* . . . .

Y envuelto en su manto de luz, apareció el Eterno: todos aquellos séres sobrenaturales se arodillaron sobre las nubes que los sostenían; hubo un momento de silencio, y el Creador bendijo á sus criaturas, y desapareció al son de una marcha regia.

Entre tanto, el sacerdote alzaba en sus manos la hostia inmaculada . . . . .

Las campanas resonaron en las altas torres, y los monaguillos rubios agitaron las campanillas.

Los artistas invisibles entonaron solemnes antífonas y salmos de gloria, acompañados por la música sublime de los ángeles, y todos inclinamos nuestras frentes adorando al Altísimo.

De pronto sentí que me quitaron la vela y me la volvieron á dar encendida. Volví á ver á María, y estaba transfigurada. Su cabeza la circundaba un halo de luz, luz que despedían los místicos azahares de la guirnalda, y de los hombros le nacían alas de inmaculada blancura.

El sacerdote se acercó á nosotros, nos hizo murmurar una oración y puso en nuestros labios la sacratísima hostia, y los niños rubios entonaron en coro un himno en acción de gracias.

Las campanas volvieron á repicar en las altas torres, los monaguillos rubios agitaron de nuevo las campanillas, y allá lejos, muy lejos, clarines y tambores tocaban diana.

En esto, siento que que me tocan y me sacuden suavente y . . . . . . despierto.

Era mi madre.—Ya es hora, me dijo—están tocando la diana de las cinco y acaban de dar el primer repique.

—Ah mamá!—le contestó,—acabo de comulgar.

Antonio Solórzano.

"Las Tres Américas"

El Número 22, correspondiente al mes de Octubre próximo pasado, de esta conocida revista mensual que dirige en Nueva York el notable literato Nicanor Bolet Peraza, viene adornada con el retrato de nuestro compañero de redacción Arturo A. Ambrogi.

Damos cabida á continuación al artículo que acompaña al retrato, artículo que honra sobre manera al amigo Ambrogi.

ARTURO A. AMBROGI

Es el Benjamín de la nueva generación literaria Hispano-Americana. Apenas ha vivido diez y ocho años; y por lo mucho y por lo bueno que ha escrito, nadie sacaría la edad que tiene. Clarín, el implacable Clarín, se llevó con él tamaño chasco, cuando le acometió en una de sus deliciosamente brutales críticas. Le trató como á un ingenio de treinta años; se cebó con fiereza en unos pocos defectos que como lunares aparecían en el esmalte de los lindos *Bibelots*, (la primicia literaria de Ambrogi), y no fué sino al cabo de algún tiempo, después de aquella embestida, que el severo crítico español vino á saber que había gastado las grandes fuerzas de su estilo y las cáusticas especias de su condimento, contra una notable precocidad, digna más bien del estímulo.

El niño no se enojó con el gigante. No se agachó á poner una piedra en su honda, sino á recoger el laurel que el crítico peninsular le abandonaba sin querer. Contaba diez y siete años cuando merecía el honor de recibir lección de tan gran maestro. ¡Cuántos escritores mueren de viejos sin que sus obras hayan sido siquiera leídas por los autócratas del buen decir!

Ambrogi escribe en *La Pluma*, que es periódico propio suyo, y escribe para casi todas las publicaciones literarias de Hispano-América. Su fecundidad es prodigiosa. Hay en él una sávia exuberante que se desborda en constantes florescencias, como les sucede á esos rosales jóvenes que se visten de macetas nuevas cada mañana. Pero la fecundidad es un vicio de fuerza que hay que contener, para que el fruto que cuaje sea más jugoso y durable. Esta economía del talento no la comprenden los ingenios precoces; porque ella es una prudente sugestión de los años. Las naturalezas ricas se avergüenzan de no ser pródigas. Guardar una idea de un día para otro, reservar una emoción hasta que pueda revelarse al público bien adornada y peinada por el arte, parece una mezquindad estudiada, que todo el mundo ha de conocer y censurar. El derroche;—ese es el noble impulso de toda nueva y generosa energía.

Por eso, cuando juzgamos á este joven escritor centro-americano, lo hacemos más que por lo que hoy es, por lo que mañana habrá de ser. En sus producciones encontramos los gérmenes de una entidad poderosa que se desarrolla aceleradamente. En él todavía es más lo que adivina que lo que sabe. Nos le imaginamos abriendo libros graves, y sorprendiéndose de comprender lo que ellos dicen, sin habérselo enseñado nadie. Cualquiera diría que esas inteligencias se apoderan del mundo por la intuición, y que el estudio lo que les dá es las grandes luces, el método y la hebra misteriosa que enlaza las ideas.

Un libro nuevo prepara en estos momentos Arturo A. Ambrogi. Se titula *Cobres*. El éxito que ha tenido *Bibelots* asegura el que de este otro volumen se espera. El estilo del autor va tomando cada día más gallardas amplitudes, y el idioma le presta ya más voluntario vasallaje á su talento.

Ambrogi comenzó, como todos los de la nueva cepa literaria, enamorándose de las travesuras japonesas del decadentismo, y entra ya á hacer ejercicios atléticos en el gimnasio vigorizador de la sencillez elegante y correcta. Ha abandonado el obrador del mosaico, y está ya en plena cantera de Carrara, tallando sus estatuas mórbidas y blancas.

N. Bolet Peraza.

San Salvador.—Imprenta Nacional.